

AQUÉL SERVICIO HISTÓRICO

José María GÁRATE CÓRDOBA¹

Sólo me siento anciano al tropezar en la escalera o en la dificultad de un recuerdo, como un mal traductor. Pero no olvido el desánimo al comprobar que mi destino era aquél viejo caserón de sucios ladrillos, tan limpio en la maqueta del Museo Municipal siendo Colegio de Nobles, cuando en 1970 dudábamos si estudió allí el niño José de San Martín, y resultó que no.

Ahora dudo de cuándo llegó a ese Servicio Histórico el coronel Carbó, que de teniente de Asalto subía conmigo -yo alférez provisional en camisa- al burgalés autobús de Escalada, para cubrir bajas en la Bandera de Palencia. A mí me costó ganarme a los falangistas por seguir la ordenanza de «dará a todos el usted», y a él, porque al verle musitaban: «¿No eran éstos los que mataron a Calvo Sotelo?».

Después supe que su padre, Capitán General de Burgos, escoltó el féretro del Cid, mientras la reina Victoria, con el cardenal Benloch y otros personajes, presenciaba el entierro presidido por Alfonso XIII, tras la compañía de honores cual huete a la funerala con luto en la bandera. Era el 21 de julio de 1921. El telegrama de Anual llegó cuando Sánchez Mejías lidiaba el cuarto de los ocho toros cidianos y los Reyes, sin esperar esa estocada, tras unos segundos en pie, despidiéndose de la plaza, salieron rápidos, a las cinco menos cuarto.

Pero eso no es más que «memoria histórica».

* * *

Fui destinado al Servicio Histórico gracias a San Hermenegildo. Diré por qué.

¹ Coronel de Infantería. Escritor militar.

El coronel don Baldomero Villegas, extraño personaje espiritista y esperantista, publicó en el Memorial de Artillería, a despropósito de su Estudio topológico del Quijote, que «según testimonio del Heraldo de Madrid, San Isidoro calificó de traidor a San Hermenegildo». Lo tomé tan a pecho, que hasta acudí al raro latín de Los Bolandos en la biblioteca del Seminario. Cuando, en 1948, el doctor Padilla tuvo que esperar en mi despacho el nacimiento de mi cuarto hijo, pilló sobre la mesa los revueltos borradores de «La rebelión de San Hermenegildo» esperando argumento y solución.

Tenía ya doce años Santiaguito cuando en 1960 se publicó el artículo en dos números seguidos de la revista Ejército, cosa inusitada, que luego explicó su Director, don Alfonso Fernández, diciendo que le gustó mi método, y lo releía de año en año; sería por lo de «tres santos en la acusación y dos en la defensa». Al leerlo Martínez Bande me escribió invitándome a colaborar en la nueva Revista de Historia Militar, ideal para tales temas. El 7 de noviembre de 1962 me acusaba recibo de mi primer artículo, que en junio publicó el número 20 de esa Revista, cuando él ya tenía en cartera otros dos, que a su ritmo semestral, salieron un año después.

Del consiguiente carteo, surgió la confianza para preguntarle la posibilidad de mi destino a Madrid, pues iba a ascender con hijos a punto de Universidad. El 29 de noviembre de 1962 me escribía: «Acabo de hablar con el Coronel Director de tu posible venida a este Servicio, y me ha contestado que te recibiría con el mayor agrado, porque conoce tu firma; incluso le he dicho que me gustaría vinieses a mi Ponencia; lo cual le ha parecido muy bien, diciéndome que ahora mismo hay aquí tres vacantes de teniente coronel, pero no las anuncia hasta saber que pueda venir gente de valía; creo que valdrá anunciar una al alcanzar tú el empleo»

Al ascender, el 5 de septiembre del 63, escribí al Director, coronel Gómez Salcedo, enviándole el currículum histórico, y diez días después me comunicaba: «No he habido dificultad, por ir como único propuesto. Le felicito y me felicito porque tal destino representa un beneficio para este Centro». Fui destinado con fecha 23 de noviembre y, el 4 de diciembre, otra carta del Director puntualizaba: «Como el día 20 se darán las vacaciones de Navidad, si le conviene, puede presentarse ya pasadas, para empezar con más normalidad, estando todo el personal».

Las Ponencias

Cuando me incorporé el 7 de enero de 1964, el Director me dijo: «Vea todo despacio y elija la Ponencia que más le interese. Busqué mesa y sólo

había una vacía en la Sala de Generales: -«Bueno, es la de el coronel don José Antonio Yaque Laurel, hospitalizado, aquí estás bien de momento -dijo mi cicerone-. Si se muere, te quedas con ella». Y se murió. Tenía 83 años y gran cultura, había publicado cuatro artículos en la Revista de Historia Militar, tres de ellos sobre temas de la Independencia, desde el n.º 2, en 1959, al 16 en aquel inicial 1964, que no alcanzaría a verlo, y un estudio en el Curso de Conferencias sobre Historia y Filosofía de la Guerra, en 1947, junto al sugerente análisis del coronel Sempere sobre «Las espadas del Cid».

Las Ponencias de Estudio eran seis: Guerra de Liberación; Guerra de la Independencia; Ultramar; Historia del Ejército; Heráldica Militar y África. Estaban distribuidas con la desarmonía ofrecida por el vetusto edificio, y merecen describirse con los destinados en ellas.

En el testero de la escalera principal, bajo un repostero copia del óleo de Moreno Carbonero, con el capitán burgalés Juan de Garay fundando Buenos Aires, estaba el despacho del Director y su oficina. Enfrente, el del Secretario, capitán don Constantino Alonso Calle, maestro salmantino y ex-oficial legionario, muy hábil y muy útil, de los que todo lo saben y tratan de tú a Dios. El primer día me corrigió que la invitación recibida no era para «una conferencia», sino para «la conferencia» del capitán Zapatero, siempre la misma; y me asombró con que el coronel Yaque quería aprender chino, «porque era la lengua del futuro». Más tarde, que allí vio la instancia de Franco para cadete, con el error «es gracia que no espera alcanzar de V.E.», y una carta al coronel del socorro a Oviedo en que se le concedían dos días más para lograrlo, o entregar el mando al portador; Años después me dijo que cuando el general Gil Ossorio, le exigió su tratamiento, él le reclamó el usía por su cruz de San Hermenegildo... Era como si tuviese lo que luego se llamó el «fichero amarillo», vaya usted a saber. Pero Calle era eficazísimo, al Director y a todos.

Frente a él, junto a la Dirección, estaba la Sala Grande, con las ponencias de Heráldica e Historiales de los Cuerpos. Mandaba el conjunto el teniente coronel Julio Balbín Delor, de 51 años, a quien sustituiría Fernando Carbó Valdivielso, ya coronel. Era jefe de Heráldica, el comandante Manuel Lecea Calderón, mutilado y diplomado en ella, que te pintaba un escudo en menos que canta un gallo; un día, por su terquedad, le dije que mejor vernos sólo en lo oficial, y segundos después vinieron a decirme que estaba muy apenado y preocupante, pues cada sábado iba a revisión del cardiólogo. Me disculpé conmovido y ya tan amigos. Los Historiales de los Cuerpos eran cosa del comandante Luis Martín Prieto, a quien todo lo que faltase de escritor, le sobraba de investigador incansable y detallista, tan modesto y agradecido que, por leves correcciones de su grueso Tomo I, me

lo dedicó como a su maestro. Y templado hasta el extremo de ser padrino en las bodas de dos hijas a la vez, llevando al altar a cada una de un brazo. Las dos eran morenas.

Su pasillo con la Secretaría terminaba en la Sala Noble, rodeada de armarios llenos de enormes libros, y en medio, la excelente maqueta-secreter de la lonja de Palma de Mallorca, gran talla en madera.

La Historia del Ejército

Al fondo, la «Sala de Generales», según su brillante rótulo dorado, de la época en que el edificio fue Museo de Ingenieros. Era la Ponencia de Historia del Ejército, a cargo de uno de los dos coroneles Escartín, el bueno, don Eduardo.

Como al causar yo alta en el Servicio el 12 de diciembre, había que anotar mi destino en la lista de revista de enero, figuré «provisionalmente» en aquella Ponencia, pero «providencialmente», el único despacho vacante estaba allí, al mando don Eduardo Escartín Lartiga, a cuyas órdenes era lógico estar. Luego hablaré de él, vale la pena.

Pero el coronel Yaque dejó terminado un pequeño Bosquejo de las Guerras Carlistas en 206 folios, y quiso el Director que lo revisase, para saber cómo quedó, pensando que por haberlo escrito Yaque a edad muy avanzada, podría tener algo que corregir de fondo, de estilo o de todo. Era un encargo directo e independiente, por lo que la delicadeza del coronel Escartín no quiso que le sometiese mi trabajo en tal tema, como al parecer, tampoco intervino en el original.

Sólo después de retocada a compás de su estructura, confirmé que debiendo ser un texto oficial militar, las dos guerras carlistas, tres según otros, se describían al uso liberal, más isabelino que carlista, sin constar las acciones que dieron título a famosos tercios de requetés: Montejurra, Lácar, Oriamendi... Corregido el estilo, quedó inédita.

Aunque mi destino a la Historia del Ejército fuese «provisional», sin nada mejor que elegir, me fui enterando del alcance, límites y forma del contenido de la Ponencia. Como había papeles que ver y mucho que aprender, empecé lo uno y lo otro.

En estas estaba, cuando nuestro Ministro, el teniente general don Pablo Martín Alonso, reparó que otros generales tenían escrita la crónica de la unidad que mandaron en la pasada guerra, y él no. Nadie mejor para escribir la de su 83 División que su Servicio Histórico. Así que se lo dijo al Director, el Director a mí, y el encargo quedaba en marcha. Don Pablo dijo que se

fuesen documentando con calma, para hacerlo bien, por él no había ninguna prisa, y don Vicente, estaba de acuerdo en lo de ir despacio, porque con prisa salen mal las historias, cualquier error las falsea. Era un trabajo nuevo para mí. Según iba avanzando, se lo enseñaba al coronel Salcedo, y él, que no era historiador, pero era segoviano de Sangarcía, me aconsejó repetir con frecuencia en qué mes vamos, para no navegar en el tiempo, y que veranease sin obsesionarme con el trabajo.

De pronto, el Ministro, que había ido malucho al hospital, pregunta por su historia en febrero de 1965. Le decimos que va muy a punto. Ya está curado, vamos a pintar en la tapa el escudo de su gallega División. Dan el alta al Ministro, quiere ver su Crónica ya, y además se nos muere. Era 11 de febrero, mientras se afeitaba para salir.

La Crónica fue a parar a su viuda, marquesa de Valdetorcas, y a su hijo el cadete. Claro que históricamente le faltó lo más valioso, el contraste con la documentación enemiga, que teníamos en abundancia. Quedó bien. Eran 204 folios de un buen intento cronístico.

Volví a mis estudios de Historia del Ejército, que el 8 de septiembre de 1939, al crearse el Servicio Histórico, figuraba como misión específica, en futuro marítimo: «Abordar en su día la redacción de la Historia del Ejército Español o de las Instituciones Militares Nacionales». En 1947, el Director aún lamentaba en público, que su falta fuese un perjuicio para la Historia Militar y aún para los estudios históricos.

Cuando en 1962 se trató de formar la oportuna Ponencia, se preveía una obra «de larga preparación y dificultad, por lo que no podían calcularse plazos de tiempo para concluirla». Con tales prevenciones y la remisa imprecisión de «en su día», no se ordenó iniciarla hasta 1967 y, desde entonces, con nueve ponentes sucesivos, simultáneos o fugaces.

El más dispuesto debió ser el coronel Balbín, a juzgar por su ilusión prologal, identificada con la del Bosquejo de Historia Militar de España del general Almirante, no publicado hasta su centenario de 1923; con prólogo moderno y prometedor, discurrido a posteriori, lógico, diciendo cómo ha de escribirse la historia, nunca como el texto que le seguía. Peligro que no amenazó a Balbín, pues empezó por el prólogo los borradores de un par de capítulos. Hacía imaginar leve tendencia al criticismo de Masdeu en su Historia Crítica de España, pero se empeñó en adjetivar su historia de «orgánica», título no expreso en la misión, sin más antecedente que la incrustada ambigüedad de Clonard en su Historia Orgánica de Infantería y Caballería (1851-59), quizá valiendo lo de «orgánica» por organizada; y lo ilusorio de pensar que el Bosquejo de Almirante se desarrollaba según su plan del prólogo. Pudo pensar que en su obra viese tan necesaria la cronología como lo

monográfico, y quisiera alternarlo, como en 1982 haría José Orlandis en La España Visigótica, su libro en preparación. Pero sería mucho imaginar. El caso es que lo dejé.

Me fui imponiendo en historia antigua, con los más recientes autores, muy útiles y a mano los colaboradores de la Historia de Menéndez Pidal en curso, pero también a algunos profesores y académicos, especialmente atentos y obsequiosos.

Pero las circunstancias mandan, y la obra se fue eternizando por ocasiones tan especiales como preparar nuestra Exposición de 1967; el Año Jacobeo de 1970, con La huella militar en el camino de Santiago, y Los Tercios de España en la ocasión de Lepanto (1971), éste de tal urgencia, que concluido en verano, hubo de llevarlo un motorista al príncipe Juan Carlos, que presidía en Barcelona el IV Centenario de Lepanto; el Tomo II de La Legión Española, de 554 páginas (1973); el n.º 20, de la Revista extra: Francisco Franco, escritor militar (1976); los dos tomos de Partes Oficiales de Guerra, el I, de 414 páginas (1967) y el II, de 662 (1978), con estudios previos de 176 páginas, más las actividades en congresos de Moscú (1970), Buenos Aires (1970 y 1871) y Viena (1983), aparte de comisiones nacionales.

Hasta que, a pesar de todo, entre 1978 y 1982 conseguí dar al primer tomo una solución tan bien acogida, que fue una de los libros del Servicio tan pronto agotados, que retrasé la segunda edición, casi sin retoque, para evitar recelos de presunción ante el Director, a quien me pareció no entusiasmar mi trabajo. En cambio, el Estado Mayor ministerial pedía que se hiciese el último tomo, muy útil para él, y aunque traté de simultanearlo con el primero, no se logró por falta de equipo continuado.

El Coronel Escartín

El coronel Escartín, que dirigía la Ponencia desde su fundación, había publicado ya, desde 1949 a 1959, las Campañas de los Pirineos (1793-1795), de cuatro tomos, en cinco volúmenes 2.670 páginas en total, y, ya mayor, tres artículos en la Revista, desde el n.º 4 en 1961, hasta el 12 en 1963. Por ello y por lo que me comentaba, se veía su preferencia del alto medievo. En sus últimos años, aún le oía dictar temas de los Cinco Reinos y, a veces, tras alguna pausa escribiendo, al volver a dictar, preguntaba a Manolita Sánchez, su excelente taqui-meca: «Manolita, ¿habíamos casado ya al príncipe con aquella niña?» Y ella, tan afectuosa, le seguía el aire: - «Sí, coronel, ya casamos al muchacho». Él acaso añadiría: - «A aquel chico

no le iba esa joven, lo veía la Reina. ¿Íbamos ahora en el orden de batalla, no?» También a mí me ayudaba Manolita, modelo de mecanógrafas, con gran agilidad mental pese a la concentración que exige la máquina: «Teniente coronel: Ese adjetivo ya lo hemos puesto seis líneas antes». Siento no haber copiado la maravillosa carta de don Eduardo, sorprendiendo al Director con su cese, porque su pérdida de condiciones no le permitían justificar un trabajo.

Llegó pues el momento de hablar de la caballerosidad del coronel Escartín.

Siendo capitán de Estado Mayor estuvo destinado en Palacio como ayudante del infante don Luis de Baviera, lo que a mí me interesaba mucho, y él me atendía como un padre pues al incorporarme tenía 82 años, uno menos que el mío. Me contó que cuando le llamaba Alfonso XIII acudía veloz, pero si era la Reina Madre, primero se revisaba la botonadura, los corchetes y la raya del pantalón. En cierta ocasión le dijo el Rey: «Quiero que prepares al infante para la Academia, ya sabes: matemáticas, ciencias y eso... No pretendo que hagas de él un sabio». -«Señor: ¿y si tiene madera de sabio?». Y el Rey con un gesto sorpresivo, aceptaba: -«¡Hombre, si tiene madera de sabio...!».

Un día, a su paso por una sala de Palacio oyó que las camareras de la Reina hablaban mucho de Pablito, que iba a llegar, que si es así, o no. Intrigado, preguntó quien era el tal Pablito. -«Un nuevo ayudante de Su Majestad». -«Yo pensé, el dicho es cierto: ‘Para llegar a la cima, hay que trepar por las faldas’. Buena muestra».

Otra observación era menos material. Me decía, que saliendo de Palacio, quiso ir con él un ministro que llevaba el mismo rumbo. Pero venía de frente el jefe del Gobierno. Al pararse hablando al ministro, el capitán Escartín se apartaba, pero le hicieron unirse a ellos. -«Yo oía hablar al Presidente y sentía que hay hombres superiores, yo me veía como pigmeo, cada vez más pequeño. Aquél tenía de todo: sabiduría, elocuencia, intuición... Sólo le faltaba una cosa: Sentido común».

Había pasado tanto tiempo, y no podía olvidar el sacrificio de su hijo del mismo nombre, que con 24 años estaba preso junto a él en la cárcel de Porlier. La mañana del 24 de noviembre de 1936, en la lista de «una saca» llamaron a Eduardo Escartín. Como el padre estaba en los lavabos, el hijo contestó rápido: «Presente». No le volvió a ver. Le mataron en Paracuellos.

De su gran señorío, visible en cada gesto, basta decir que fue testigo de boda de Martínez Bande. Y al saber que yo iba a presentar en un hotel el libro de La Cierva, para poder asistir, cambió al chófer el día de salida con su coche. Llegó pronto al hotel, y al presentarle a mi mujer, le dijo: «¿Me

permite, señora, que abrace a su esposo?». Y me dio un apretado abrazo paternal.

Escartín el malo, era más joven y moderno, africanista y excelente pintor. El diálogo inicial de cada visita suya tenía más retranca y maliciosa ironía de lo que suena. Con la puerta a medio abrir, la mano en el picaporte, y cierto retintín decía: -«¿Da usía su permiso?». Don Eduardo, conociéndole, le hacía repetir la pregunta para contestarle a la llana: -«Vamos ya, ¿a qué viene eso?». -«Viene a la obligada consideración y respeto a los palaciegos». -«Palatino, no palaciego». -¿Y no es lo mismo? -«No, pero bueno, ¿qué te trae por acá?».

Lo de palatino me recordaba sus noticias de Palacio.

Junto a aquella Sala de Generales, el despacho del Director de la Biblioteca, coronel de infantería don José Martinho Rosario, era un sabio técnico, soltero de 60 años justos, que se casó dos después. En 1947 había escrito con Núñez Robles un grueso y exhaustivo libro de Tiro de Infantería, que en algún punto rebasaba los textos artilleros, y profesor del tema en mi curso de ascenso a jefe.

Contigua a su despacho estaba la gran Sala de Planos, con 8.348 ejemplares, que con los duplicados y de varias hojas, eran cerca de 30.000. Contigua a ella, una pequeña habitación de archivo poco consultado, ya frente la escalera directa a la Biblioteca. El breve pasillo termina en el salón del Museo de Literatura Militar, presidido en lo alto por el escudo de la pluma y la espada con la leyenda cervantina «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la espada». Allí se acogían los libros de autores militares, obligados a enviar un ejemplar gratuito dedicado, y dos, a su precio, a la Biblioteca. En vitrina de columna se exhibía algunos modelos de encuadernaciones artísticas y un ejemplar de la quinta edición de Siete Partidas, impreso en 1528 en Venecia.

La Independencia del Coronel Priego

Por el otro lado de la escalera principal, a la izquierda de un corto pasillo, estaba el despacho del coronel de Estado Mayor don Juan Priego López, de quien yo esperaba aprender lo que en el historiador es método y práctica, empezando por el modelo de fichas y la uniformidad en citas bibliográficas, pues para mí era maestro de historiadores militares.

En los primeros meses del Servicio Histórico, en 1939, tuvo a su cargo la Ponencia de la Guerra de España del 36, donde en 1945, publicó un tomo de Antecedentes con 458 páginas, primero de la llamada Historia de la Gue-

rra de Liberación, sin nombre de autor, por ser colectivas las obras del Servicio Histórico Militar, paternidad imprecisa en la cubierta, donde figuraba ese organismo, pero también el Estado Mayor Central, en la parte superior y con tipografía preferente, atribuible al editor, al autor o a ambos, es decir, con dos padres visibles y uno ignoto, con lo que tales autorías escalonadas sugerirían al humorista aquello de: «Se escribe Shakespeare, se lee Sexpir y se pronuncia Schopenhauer». Días después, otra broma. El mismo Estado Mayor Central que lo editó, lo hizo recoger e inutilizar. ¿Debido a qué? Nada se dijo, pero posiblemente al tono del libro al empezar la redacción y la guerra en 1939, con signo opuesto en 1945 al acabar ésta y publicarse aquél, sin tiempo ni necesidad de rehacerle por algunas líneas ajenas a su tema.

Me enteré de tal obra en mi primera entrevista con el capitán Calle, quien me dijo en secreto, que si quería un ejemplar, me diese prisa, pues en «la cárcel» había un resto de edición. El armario de la Colección del Fraile tenía un cristal roto, por donde se sacaban libros metiendo la mano con cuidado, y quizá quedase alguno. Se conservaban pocos, y difíciles de alcanzar, conseguí uno sin cortarme la mano, y tan contento, porque es un buen libro de antecedentes y razones, muy poco conocido.

Escribió también, en 234 páginas, una Síntesis Histórica de aquella guerra, que se me ordenó revisar, para la edición de 1968 destinada a los alumnos de las Academias militares, lo que con leves modificaciones cumplí como un honor.

Acaso en vista «del éxito» prohibitivo de su libro, pasó Priego a ser jefe de Ponencia de la Guerra de la Independencia, de la que al año siguiente, 1946, publicó una Síntesis político-militar, tan breve y valorada, que fue texto en la Escuela de Estado Mayor.

Pero no había un estudio español suficientemente amplio de la Guerra de la Independencia desde que en 1914 escribió Gómez de Arteche sus catorce volúmenes. Junto a ella se consideraban fundamentales los cinco del inglés Oman y los tres de la inacabada obra de Grasset, que se completan con otras del barón de Marbor, Balagny, Bordeau y Madelín. Todas las fundamentales, incluso la española obra técnica, fueron de tono apologético, y curiosamente, las inglesas pretenden olvidar a Arteche, y son mucho más desfavorables a España que las francesas, que en sí mismas contienen material suficiente para refutarlas. Puede decirse que si Arteche escribió su obra como réplica al inglés Napier, la de Priego había de nacer en respuesta a Oman, apoyándose en el francés Grasset, en la documentación de archivos franceses, utilizados desde principios del siglo XX, y en las excelentes aportaciones de los dos Congresos sobre la Guerra de la Independencia celebra-

dos en Zaragoza, el último en el año 1959, con valiosas ponencias españolas y extranjeras.

Para preparar la publicación de su gran Historia, comenzó por conocer y analizar toda la bibliografía existente, lo que constituyó una excelente oportunidad para publicar el Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española, iniciado en 1944 y concluido en 1952.

No sólo conocía bien la más reciente bibliografía extranjera, sino que se carteaba con mucha frecuencia y amistad con el francés más especializado, Jean Serramón, quien además viajó a España un par de veces con su esposa, visitando al coronel Priego, con especial interés.

Y empezó a escribir su Historia de la Guerra de la Independencia, planteada inicialmente en siete tomos y luego en ocho volúmenes, de los que en 1960 se publicó el Tomo I; en 1966 el II; en 1972 el III; en 1974 el IV; en 1977 el V, y en 1981 el VI en dos volúmenes. Al dejar de escribir por su edad avanzada, se encargaron los dos tomos restantes a su hijo, el teniente coronel don José Priego del Campo, que se vio precisado a dedicar tres volúmenes al tomo VII, dos al VIII, y otros dos a un IX de Apéndices e Índices, a punto de editarse. Con ello, la obra, tendrá un tomo más de los ocho proyectados, pero no en ocho volúmenes sino en trece, algo inimaginable por don Juan, que proyectaba un volumen por tomo, con el explícito deseo de que su obra fuese mucho menor de los XIV volúmenes de Arce, y al final sólo tuvo uno menos.

La Historia de Priego trata de replantear con objetividad y documentación, el tono apologético y pasional de las anteriores, haciendo una crítica seria de hechos y personajes, sabiendo y explicando, que si la historia apologética parece oponerse a la crítica, es sólo en apariencia, pues la institución militar supo siempre armonizar los ejemplos de la historia patriótica, para la educación moral del soldado, con la depurada investigación de sus centros de estudios. Lo demostró en su análisis incansable de aquella guerra, críticamente revisada en lo militar y en lo político.

Priego no aprobaba el calificativo de tal guerra, porque la «independencia» requiere previa dependencia, y allí sólo hubo invasión de un pueblo con entidad política y social, independiente desde hacía muchos años. En el mismo caso y con mayor propiedad, los alemanes llamaron «guerra de liberación» a la suya de 1813, lo que llevaba a Priego a un paralelismo riguroso con la española así llamada en 1936 que, según eso, sería la segunda: En ambas, no sólo se luchaba contra invasores armados, sino contra su penetración ideológica. La victoria de la Independencia, logró expulsar al invasor, pero no la regeneración nacional pretendida.

Bajo el epígrafe «Godoy ante el tribunal de la Historia», se culpa, más que al favorito, al favoritismo de los reyes y a la degradación de los nobles,

quienes, al adularle, favorecieron su encumbramiento. Pero quizá el nudo de su interés se centre en el recuento y valoración de fuerzas, pues no había tanta desproporción entre ambos bandos. Las españolas, francamente buenas y veteranas, estaban mal mandadas, mientras que las francesas, inferiores, tenían generales de excepción. Con mejor organización y más unidad, hubieran podido vencer los españoles, que enfrente apenas tuvieron superioridad numérica.

En su segundo tomo, nos descubría que el alcalde de Móstoles no fue uno, sino dos, cosa bastante en uso entonces, por motivos políticos y administrativos, pero ambos coincidían plenamente en el espíritu del célebre bando. Y nos dice también que la rebelión no fue espontánea, ¿cómo iba a serlo en toda España a la vez? Ni fue espontáneo el 2 de mayo en Madrid. Tenía larga preparación militar y política, con órdenes previas cursadas a toda la nación. En el Parque de Monteleón se enfrentaron unos 500 españoles con 4.000 franceses. Ni por su duración, ni por la intensidad, ni por el armamento, pudieron causar los españoles el desastre numérico que se había señalado. Los partes franceses anotaban 31 muertos y 114 heridos, frente a más del doble de españoles, sin contar los 320 fusilados. Pero el chispazo resonó lo suficiente como para encender el entusiasmo del alzamiento en todas las provincias, contra una invasión de la que, en otro caso se hubieran tenido noticias tardías.

Priego rebajaba el papel de las guerrillas, considerándolas mera colaboración, muy secundaria, de las columnas militares a cuyas órdenes servían; opinión opuesta a la del coronel Nicolás Horta, en Burgos, gran especialista en el género y biógrafo de guerrilleros, a quien se esperaba ver destinado en el Servicio, sin conseguirlo nunca, porque pensaba, con expresión muy artillera «que no estaba calculado para Madrid».

Al rigor técnico y documental de la obra de Priego han de acudir los historiadores. En ella se contrastan, ponderan y valoran documentos de aliados y enemigos, con la objetividad lograda siglo y medio después de los sucesos, que en su tiempo pedían pasión literaria. Ni la gloria de España, ni la de sus héroes pierden mérito ni ejemplaridad, pero se liman bastantes injusticias antiguas de estereotipar para siempre al extranjero, francés o inglés, como encarnación del mal.

Desde el primer día tuve al coronel Priego por maestro, y así le llamé, aunque no lo aceptaba, excusándose, al pie de la letra, en que nunca me dio clase ni fue mi profesor. Pero no había militar que desconociese su firma o no hubiera leído algo suyo. Todos le admirábamos, teniéndole por un verdadero y sabio historiador. Eso antes de saber lo que con el tiempo vimos, que buena parte de los 280.000 libros de la Biblioteca Central, en sus varia-

dísimos temas, tenía alguno de sus especiales y débiles asteriscos a lápiz, simples o dobles, según el interés de la llamada.

Era tan concentrado y ordenado, que nunca se perdía del asunto tratado. No se le iba la idea, porque no quería escribir ni ocuparse de nada ajeno a su estudio, ni evacuar consultas extrañas, ni de temas que le apartase de su Guerra de la Independencia, ni que le endosaran casos dudosos, ni escribir más que de su Independencia. Pero si le consultaban algo sobre lo que tenía opinión, ideas propias, o simple interés, entraba a fondo en ello. Conmigo, sin tanto motivo, un día propicio, en que hablando de lo suyo nos salió al paso Napoleón en Somosierra; como si entrase en trance, se levantó lento del sillón, se rascó un par de veces la cabeza, aceleró el manoteo y dio un recorrido en el despacho, con amplio bracear y una especie de trotecillo rápido y menudo tales, que me hicieron imaginarle, y aún sentirme yo mismo, a la grupa del innominado caballo napoleónico.

Frente al despacho de Priego estaba el de su subalterno, el comandante de Artillería Juan Barrios Gutiérrez, en quien delegaba algunos trabajos complementarios, por cierto prurito de disparidades de criterio, con lo cual sobraba tiempo a Barrios para lo que más le gustaba: asesorar en lo mucho que sabía de Historia, de la Colección del Fraile, y de los fondos bibliográficos y documentales del Servicio, preciándose de ser consultor de visitantes, sobre todo extranjeros y femeninos. Era un importante tratadista artillero y aún terminológico, con frecuentes artículos técnicos en la revista Ejército y en la nuestra. Aparte de ello, erudito en Enseñanza Militar y uno de los primeros y profundos entendidos profesores de cibernética.

Colindante con su despacho y a su cargo, estaba el voluminoso archivo de la Colección del Fraile, conjunto muy valioso de 1.008 libros, folletos e inflamados panfletos bélicos, belicosos y ardorosos, que bajo el común título de La España Triunfante impulsaban a luchar en la Independencia. «El Fraile» era un religioso franciscano, llamado S.J. Caravallo y Vera, conocido en su tiempo por «El Padre Veritas». Consultaban con frecuencia la Colección, universitarios, doctorandos en trance de tesis, y algunos más, alguno tratando de hacer un índice personal «que mejorase» el Catálogo de 1948, en tres tomos, de aquella heterogénea colección.

El 1 de febrero de 1979, siendo yo Director interino del Servicio, cumplió ochenta años el coronel Priego, con cuarenta destinado allí, y lo celebramos con una misa de Acción de Gracias en la vecina capilla de la Escuela de Estado Mayor y un tentempié en nuestra Sala Noble. Acudieron los anteriores directores, coroneles Fuster Vilaplana, de Infantería, y Dans Losada, de Caballería -éste tiene hoy 104 años- y el general Clavería Prena-

feta, de Ingenieros. Hube de hacer una semblanza del homenajeados que, con veinte palabras a viva voz y sin magnetófono, salió tan sentida que sus hijos lamentaron no llevarse una copia. La tuvieron más tarde, antes de los diez días en que llegó el nuevo Director, para quien reimprovisé la improvisación, que incorporé a la propuesta de ascenso de Priego a general honorífico, con otra a Martínez Bande, no cursadas porque no pareciesen obra de interinidad, sino de general Director documentado, pero éste debió considerarlas impolíticas y en el archivo quedarían las dos propuestas.

La Guerra de España del 36

El pasillito de los anteriores despachos nos llevaba al amplio espacio del Archivo de la Guerra de España del 36, encerrado tras unas grandes puertas de metal repujado con alegorías y, sobre ella, en la gran anchura y altura del paño de pared, el enorme y famoso y mural, no fresco, glorificando un busto de Franco armado de Santiago, con escenas de la guerra a cada lado: con el desembarco desde el Estrecho y los tres reductos heroicos -el cuartel, el Alcázar y el santuario- a la izquierda, hasta la exaltación de la victoria y el desfile de la paz, a la derecha. En 1945 lo contrató el Estado Mayor Central por 125.000 pesetas, pagadas a plazos, a Roque Merubia, un pintor excombatiente que firmaba Kemer, y reprodujo en sus personajes rostros de quienes veía en el Servicio Histórico, desde el encuadernador, que recordaba a Franco, y no hubo tal, hasta tres o cuatro oficiales y la esposa y la niña del portero con su muñeca.

Kemer, gran dibujante y buen psicólogo, no se limitó a eso, sino que por su cuenta hizo una colección de dibujos de chekas madrileñas, con base en la de la calle de Fomento n.º 13, expresando cada uno de los tratamientos aplicados a los presos: lechos con la inclinación medida para no poder sentarse ni acostarse, suelos con perfiles salientes donde no cupiese el pie, duchas de agua helada y otra serie de inventos bien pensados, sin la tortura de ruidos obsesivos y enloquecedores, porque la música infernal no se pinta. En Moscú me mostraron con un guiño la tumba del inventor de chekas, en la linde exterior del Kremlin.

Dentro, el despacho del coronel don Manuel Escartín Maroto, Jefe del Archivo, con el comandante Carlos Pérez-Lucas, de Salamanca, casi médico, que luego fue ponente de los siete tomos de Galería Militar Contemporánea, y al final de África; era hijo del gobernador militar de Salamanca, que presidió la sesión de la Hispanidad cuando la polémica Unamuno-Millán. El comandante burgalés José Luis Fournier, que fue

teniente en la Legión y le sonaba la cabeza donde tuvo metralla. Del tercer comandante, me falla el nombre. Cada uno tenía su equipo de oficiales para formar 921 legajos de papeles de Zona Nacional, 1.400 de Zona Roja y 682 del Cuartel General que se recibieron en sacos. La prisa para concluir en 1967 el enorme archivo de 3.061 legajos, con 18 toneladas de papel, hizo ingeniar al coronel Escartín el raro estímulo de premiar, con una semana de permiso, al jefe con su equipo que cada mes encarpeta más expedientes.

El Coronel Martínez Bande

Al fondo, cuarteándose las areniscas paredes del barrio de Areneros, el teniente coronel José Manuel Martínez Bande. Vasco de Guecho de corazón y gallego del Bande materno, le alternaban ambos biotipos; serio y correcto, asténico y pensador. En los años noventa, me lo describía Fernando González, director del Tercer Programa de Radio Nacional, donde colaborábamos: «Ayer le vi por la calle: alto y tieso, mirando a lo lejos pensativo, ajeno a todo, tan ausente y levitante, que no me atreví a saludarle». Soldado de cuota en 1936 con 29 años, licenciado en Derecho, alférez provisional artillero en la batalla del Jarama. Una afección, impidiéndole el generalato, le llevó de comandante al Histórico recién fundado, y ascendió a teniente coronel un año antes que yo.

En septiembre de 1942, la editorial Aguilar le publicó *Allá*, una primera novela de guerra, que tímidamente dejó en la portería de Wenceslao Fernández Flórez, sin más recomendación que la de ser cuasi vecino suyo, con carta en la que le rogaba su opinión para intentar publicarla. Don Wenceslao, sin mediar palabra, le entregó las pruebas de imprenta. De su novela, muy personal, dice en su autocrítica que «el protagonista tiene mucho de introvertido, insatisfecho, idealista, inconformista con la vida en torno, que prácticamente no sabe lo que quiere...» y justifica su obra, a modo de «memorias lanzadas en las cuartillas, como un desahogo del momento». Entre los literatos militares acaso nadie le aventajó en inmediatez a la paz, que Antonio José Gutiérrez Martín, con su bellissimo poemario *Algo Más*, editado en septiembre de 1939 con elogioso prólogo de José María Pemán en seis apretadas páginas infolio.

En cuanto a sus libros, empezó escribiendo una *Historia de la Artillería* (1947), un *Espejo de soldados* (1953) y ocho obras más. Llegó a ser coronel honorífico de Artillería, gran historiador militar, excelente escritor civil, un tanto poeta, premio Ejército de Literatura y Cruz del Mérito Civil.

Desde los años cincuenta se dedicó al estudio exclusivo de las fuentes documentales de ambos bandos en la guerra del 36. Preguntado por qué tantos años en ello, decía con razón: «Porque siguen en juego los mismos factores bélicos y aunque en España los olvidasen, se atizaban desde fuera, no nos dejan olvidar; hay que saber la verdad y exponerla».

Primer especialista técnico de aquella guerra, y jefe de su Ponencia desde 1954, reconstruía tácticas zurciendo datos oficiales y recreando croquis incompletos. Creo que desistió de llevarme a su Ponencia, como proponía inicialmente, por la pérdida de tiempo que le supuso no trabajar solo, cuando colaboró con él nuestro compañero y amigo, el inefable integrista Juanito Zabala, gran conversador polémico, que le hacía dialogar y discutir, cuando lo suyo era trabajar, tan concentrado, que un día que no pasé a las doce por su despacho, como solía hacer; de puro absorto cayó desmayado con la cabeza sobre la mesa.

Ello no le impedía escribir por la tarde algunos libros más y apreciados artículos de prensa, En 1974 ya había publicado Brigadas Internacionales, Los cien últimos días de la República y Por qué fuimos vencidos. Cuando más abundaron sus artículos periodísticos fue entre 1976 y 1982. Quizá fuesen de 1976 sus admirables «Conversaciones en el Museo», donde cada semana hablaba en ABC con personajes reales o no de los cuadros del Prado, en su fraseo culto o en argot, en jerga de su tiempo, calidad u oficio. Ante La rendición de Breda, dialogaba con el marqués de Spínola. Acaso fuese el último de sus numerosos libros Los tiempos difíciles, en 1983, selección de artículos donde se admira su amplia cultura, impecable redacción, pulido y elegante estilo, profunda reflexión, gran amenidad, y prosa poética en los temas que la piden.

En 1967 se había iniciado su colección de Monografías de la Guerra de España en 19 volúmenes de 18 tomos que no son sino la mejor historia militar de ella, escrita como redactor del Servicio Histórico. El título que tiene su intencionada historia, pues habiendo prohibido Franco que se redactase una Historia Oficial de la Guerra de España 36-39, para evitar suspicacias entre personajes de ella, el coronel Gómez Salcedo, director del Servicio Histórico, con leve astucia le preguntó: -«¿Y no publicaremos monografías de ella?. -«Monografías las que quieran». Su conjunto es ya la prohibida Historia.

De palabra justa, de juicio rápido y certero; precavido o evitando charla ociosa, oyendo llegar a alguien, volvía el libro de su mesa. Buen dibujante, con croquis rápidos y claros de cualquier situación. La riqueza del archivo le hizo documentalista, reacio al testimonio bélico con harta razón pero no toda. Le costó bastante aceptar el testimonio del coronel Álvarez

Entrena que, yendo solo por el campo, vio iniciarse el ataque de Brunete, y con tropas próximas improvisó una detención en aquel punto. Acaso ni uno ni otro pensaron que un testimonio firmado es un documento.

Ultramar del Capitán Zapatero

Abajo, a la entrada, la Ponencia de Ultramar con el capitán Juan Manuel Zapatero López, sabio e inteligente sanmartiniano que de cuando en cuando viajaba a Hispanoamérica y hacía la reconstrucción museográfica de cualquier fuerte hispano, rematándolo con la bandera española, «para dejarlos como de nuevos, pues todos la ostentaron». Daba magistrales conferencias al gusto de allá, en las que sólo se repetía, sí, su galante alusión a «una linda puertorriqueña». Lo de «sanmartiniano» que por primera vez oí, le venía de reivindicar al general San Martín, cuando encontró la hoja de servicios de su padre, sargento del palentino Cervatos de la Cueva, en cuatro campañas africanas, teniente destinado en la zona argentino de Misiones, donde tuvo una excelente actuación militar y civil. Zapatero fomentó al máximo la actividad del Instituto Español Sanmartiniano, logrando incluso que su director fuese el general García Valiño y que la Real Academia incluyese en su Diccionario la acepción de la nueva palabra.

Pero la categoría militar del capitán Zapatero estaba como historiador de ingeniería militar en el Servicio Histórico, siendo el Jefe y el todo, de la Ponencia de Ultramar; publicando la edición en curso de los lujosos tomos de la Cartografía Histórica de Ultramar, y atendiendo consultas de historiadores y hasta ministros, venidos personalmente a ello de países ultramarinos, incluso Filipinas. Pronto formó parte del Consejo de la Revista de Historia Militar, donde publicó siete artículos en sus primeros números, desde el 1, en 1957, con el artículo: Heroica defensa de Cartagena de Indias frente al almirante inglés Vernón en 1741 y otros como: El último ataque inglés a Puerto Rico; La batalla por la isla de Cuba en 1961; La batalla que decidió la suerte de la isla de Trinidad y Expediciones españolas al Darién.

Fué en los otros dos artículos, el del n.º 13, en 1963: Síntesis histórica de la fortificación abaluartada, y el del 25, de 1968: Escuela de Fortificación hispanoamericana, donde antes que en un libro, quiso recordar a los pocos que lo supiesen y explicar a los demás, que los baluartes de la hispánica fortificación permanente, eran anteriores a la mundialmente famosa «fortificación abaluartada» del célebre ingeniero francés Vauban, lo que se explica poco, y no se subraya en conferencias ni en estudios. Sus dos primeros libros editados se distanciaron los 34 años que van desde 1949 en que

publicó en el Servicio Histórico Acción en el Perú, hasta 1983 de El Real Felipe del Callao, primer castillo de la mar del sur,

Invitado por la Academia de la Historia de Colombia, la Universidad de los Andes y otros Altos Centros, a reconocer las fortificaciones de los siglos XVI y XVII de Cartagena de Indias, la plaza más importante de los viejos dominios españoles, el capitán Zapatero empleó en su reconocimiento los meses de febrero y marzo de 1967, hasta culminar en un Estudio Asesor de 450 folios, con facsímiles cartográficos, croquis y redacción del tema histórico-militar, abarcando tres aspectos básicos: Restauración técnica, Rehabilitación museográfica y Atractivo turístico. Se reconoció la importancia de su estudio nombrándole miembro de la Academia Nacional de Bogotá y la de la Historia, e Hijo Adoptivo, de Cartagena de Indias. El Gobierno español le concedió la Encomienda con Placa de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

En su destino no dejaba de ser un personaje especial, ni de despertar algún recelo, suspicacia y acaso comidillas. Era el único capitán Jefe de Ponencia, único ayudante de profesor universitario, iba a América, faltando a veces más de un mes por sus reconstrucciones museológicas más o menos oficiales, y entraba y salía vestido de señorito, cuando todos, desde el general lo hacían de uniforme.

Y tenía sus cosas. Un día le esperaba yo en su despacho y él, correcto, quiso evitar presentarse de paisano y entró por otra puerta para mudarse rápido tras la cortinilla donde se uniformaba, dejando el traje negro de ayudante de cátedra de Ballesteros Beretta. Sobre el suave fufú del spray, oí a media voz su discreta pregunta: «¿Un poco de colonia, mi teniente coronel?».

Mucho antes de 1983 en que se publicó su famoso libro: El Real Felipe del Callao, primer castillo de la mar del sur, ya no estaba en el Servicio. Antes me confió su preocupación. Iba a ascender a comandante y creía saber que pensaban darle de baja por ascenso. Él razonaba que si durante años venía cubriendo un puesto exclusivo e indudable de Jefe de Ponencia, siendo sólo capitán, deberían proponerle seguir de comandante, cuando tal cargo lo ocupaban incluso coroneles. Le dije que lo pidiese y podría mediar yo. Pero no se lo permitía su orgullo, al que él llamaba dignidad. Hice un canto a la virtud militar de la humildad, que en su caso sería hacer de necesidad virtud. Pareció pensarlo, pero ascendió y se fue.

Habían pasado dos semanas, cuando me dijeron que el Ministro avisaba que iba a llegar un alto personaje suramericano para ver los planos de su país del siglo XVII y que Zapatero tuviera a punto todo lo que pudiese interesar. -«El capitán Zapatero ascendió a comandante y cesó». -«¿Pero que tiene que ver el ascenso para cesar a un Jefe de Ponencia? ¿Que hacemos ahora?». No supe más.

La Ponencia de África y los Artistas

Más allá estaba la ponencia «África», de la que no logro recordar quien era jefe a mi llegada. Hacia 1967 la mandaría el muy antiguo teniente coronel Julio Repollés de Zayas, buen africanista, enamorado de su ponencia. Aún editaba la Historia de las Campañas de Marruecos, en cuatro tomos, de los que en 1947 se había publicado el Tomo I con 608 páginas y en 1951 el II con 944 páginas, ambos agotados. En mi borrosa memoria de sucesivos Jefes de la Ponencia, recuerdo que hasta los años sesenta, en que se incorporó el coronel de Estado Mayor Bonaplata Caballero, que sin nombre, en 1956 había publicado Ejército el raro tema de «Aprendizaje de artes gráficas en el Ejército», y en 1971, estando ya en el Servicio, otro titulado «Pequeñas unidades militares: Las compañías de Mar», de las que le oí hablar, y eran las de Melilla, acaso de joven mandó una de ellas.

Este extraño Caballero Bonaplata tuvo la originalidad de autonombrarse jefe de la planta baja, sintiéndose responsable de los que se sentaban en ella, aunque a sus órdenes tuviese sólo dos. Cuando él llegaba, le recibían todos en pie, y el más antiguo le daba el «sin novedad», no mandando: «¡Presenten Plumas!», por la dificultad de una ejecución simultánea y uniforme.

Le sucedieron tres amigos, ya coroneles: Fernando Martínez Tenreiro, Medalla Militar por el paso del Cinca; Antonio Melantuche, y el heraldista de Ingenieros, diplomado de E.M., Pedro de Hormaechea, a quien ví construir la excelente maqueta del Cuartel de Montaña, hoy algo deteriorada, y a punto de perfeccionarse.

Al otro lado, junto a una gran ventana que daba al patio, hacía sus dibujos a la luz natural el expertísimo y admirado pintor Javier Raynaud, que sabía dar a lo heráldico una especial belleza en sus cuarteles, y a sus banderas, la limpia palidez de tafetanes viejos. A su muerte, aún temprana, le sucedió, muy dignamente José Sotomayor, aún sin su maestría, y luego el excelente maestro Carlos Bartual Díaz, gran restaurador y dado a la escultura, con las irregulares virtudes de los buenos artistas del pincel y del bulto, pero también serio historiador de acertada redacción. Es difícil describir aquí el excelente trabajo de la organización y desarrollo del gabinete fotográfico con la inevitable huella artística en lo fotográfico de Carlos Mengs, descendiente del célebre Rafael Mengs, artista del pincel, autor del maravilloso retrato de Carlos III.

Enfrente, el plurivalente brigada Emilio Becerra de Becerra, especialista en todo. Un día, ante la redacción de alguien, que yo encontraba seca y deslavada, expliqué como debiera ser. Había prisa, y me dijo: «¿Quiere que trate de hacerlo como dice?». —«¿Pero usted ha escrito alguna vez?».

—«Nunca escribí más que a la familia». —«Bueno, pruebe». Valió. Y en unos cuantos años llegó a ser un firme comandante historiador, hoy me dicen que ha muerto». Llevaba la administración y venta de libros, revistas, copias y láminas, que luego administró el comandante José Julio de Valcárcel y de Las Casas, con marquesado de Valcárcel, muy merecido, cuya transmisión le costó Dios y ayuda obtener, ¿diez años o más?, ¿con medio millón de pesetas anticipadas en trámites?. Y las inevitables bromas de compañeros a lo largo de ese tiempo. Acaso aquello le obsesionó, creándole la muletilla de repetir, pegase o no, lo de «La milicia imprime carácter». Asumía todo lo relativo a publicación de libros, copias y asuntos similares. Le sucedió el activo, rápido y práctico comandante «mayor» Rogelio Tomé Silva, que me asombró con la rareza de comprarse el primer ordenador personal que ví.

La Biblioteca Central Militar

Pasando el patio y su pequeño jardín, o bajando por la escalerilla frente a la sala de Mapas, el cuerpo, el todo de la Biblioteca Central Militar, con su gran archivo de libros y sus dos salas de lectura, con librerías en armarios y en cornisa. En su despacho, el bibliotecario civil, señor García, un gran profesor de gimnasia en sus buenos tiempos, el señor García, luchaba con jefes y oficiales para impedir el paso, haciendo impenetrable la entrada al archivo de los 281.633 volúmenes de la estadística de 1980.

Mas tuvo que defender libros y documentos durante la guerra en que el frío de tres inviernos de un Madrid en guerra, semicercado, tenía estufas y salamandras esperando combustible donde había tanto papel. Gracias a la defensa bibliotéfila de García, y a su respetable fortaleza física y de carácter, se llegó a conservar una riqueza de piezas únicas especializadas: científicas, técnicas y literarias de las que la pequeña muestra que él propuso llevar a la Exposición de 1967, hizo admirar y valorar cual sería la importancia del conjunto del que procedía.

Más de una vez quedé mirando como multiplicaba fichas de un sólo libro, dándole todas las entradas posibles para la mayor utilidad. Su hijo Ángel García Cabo, empezó de su mano, aún muy joven. Llevaba poco tiempo sustituyendo al padre, ya fallecido, cuando un nuevo Director del Servicio quiso inspeccionar aquello y le echó en cara que estuviesen juntos los libros de estrategia con los de poesía, de teología y de armamento. No era fácil para García darle una explicación. Me agradeció que interviniese para aclarar: Los libros de estas bibliotecas no se buscan en los estantes sino en los ficheros. Ya nos los traerán. No le dije lo de la estatura. Fue cosa de

otro Director, que se oponía, con razón, a que la Revista variase de tamaño: «Porque yo, coloco los libros en su estante por estatura, y tendría que separar las revistas grandes de las pequeñas».

«Carta de amor a un asesino»

Un día de 1971, visitan al General Director los productores de la película *Carta de amor a un asesino*, y le solicitan rodar en la Biblioteca Central unas escenas que se desarrollan en una biblioteca provinciana decimonónica, de ambiente descuidado, sin ningún detalle de instalación moderna ni técnica, y parece que la suya les viene como anillo al dedo. El general es hombre a quien tal proposición no sorprende demasiado, y tras consultar los prejuicios del posible contrato, que en una cláusula prevé compensar con amplia remuneración, concluye aceptando la propuesta.

Al tercer día empieza a verse que no compensa tanto. Los largos y gordos cables recorren más espacio del previsible y pensable: se rompen cristales, se estropean ventanas, se podan hermosas ramas de los vetustos árboles del jardín; los cineastas subalternos invaden y utilizan más de lo imaginado, aunque temido.

La película tenía como director y guionista a Francisco Regueiro; sus protagonistas eran Serena Vergano y José Calvo, con los actores Rosa María Mateo, José Luis López Vázquez y Manuel Tejada. Y trataba de un asesino ignorado, socio de la biblioteca del pueblo y enamorado de la joven bibliotecaria, a quien se declara por carta y consigue ser su conserje. Lo demás no interesa.

Veo algo del rodaje hablando con el protagonista, que ya se he puesto el guardapolvo del cargo. José Calvo es hombre de clase, de la estirpe teatral de los Calvo (Ricardo, Juan, Armando...). Da gusto hablar con él.

En la Biblioteca, desde el fondo hasta la puerta, tienden un carril para el recorrido de la cámara. Serena Vergano, la protagonista, avanza sobre la vía, cuidando de evitar que sus tacones tropiecen en las traviesas de los raíles, y eso se nota al verle andar. La cámara no toma los pies, pero éstos tienen que conservar firmeza y equilibrio: -«¡Repetir! Que no se note que tropiezas, más despacio, anda un poco agachada que el plano te corta la cabeza». -«¡Repetir! Pero tú natural, no te encojas. ¡Repetir! ¡Repetir!» - «Cámbiate de ropa para la otra escena, se nos hace tarde». Acude solícito el joven García: -«Puede utilizar mi despachito». -«No hace falta, aquí mismo, hay prisa».

Quedé de acuerdo con José Calvo en lo bueno y en lo malo de aquello, casi nos hacemos amigos, con lo que me gusta el cine y la interpretación...

La Exposición Histórico Militar

El convincente argumento oficial brotó después, justificando una demanda inesperada: Faltaba en el campo de las ciencias Históricas Militares una muestra de los fondos bibliográficos, documentales, cartográficos e iconográficos que se guardan en bibliotecas y archivos del Servicio Histórico Militar.

Es indudable la actual importancia de la bibliografía, como parte de la heurística, al servicio de la erudición e investigación científica. Ya no basta conocer los jalones de las etapas recorridas por la humanidad, se prefiere conocer al detalle las exigencias y reacciones humanas ante acontecimientos militares, políticos y sociales. Estos testimonios, revisados por el historiador forman la moderna historiografía. La labor del historiador general es recapitular, seleccionar y exponer; la del monografista es de investigación original en fuentes documentales o testimonios arqueológicos.

Ambas especies historiográficas se mostraban conjuntas en la Exposición. En ello radicaba su mérito. El escaso relieve que la historia literaria daba a lo bélico de los siglos XVI y XVII, hacía valorar más el conjunto histórico militar de libros, documentos e iconografía de la Edad Moderna, y justificaba las felicitaciones recibidas de distintos sectores del arte y de la cultura.

Creo recordar que la idea partió del coronel de Caballería DEM don Joaquín Portillo Togores, hombre de gran imaginación y, en la práctica, segundo jefe del Servicio. Al Director, general Sotto, le pareció que en la empresa había desproporción entre el esfuerzo y el fruto. Pero hubo de ceder y confió en mi ligera relación con Fraga, ya ministro de Información y Turismo, Con cierta timidez para pedir, me aconsejó sondearle, y dada su acogida, presentarle. El Ministro, de entrada le dio toda clase de facilidades, la ornamentación y publicidad habitual en sus exposiciones: terciopelos banderas, reposteros, carteles públicos, catálogos gráficos y hasta música ambiental.

Pronto, la inquietud habitual del coronel Portillo, llevó a incrementar las colaboraciones, como la que brindó el ministro de Educación y Ciencia, Robles Piquer, el E.M. Central, sus Direcciones de Servicios y Fortificación, con planos y maquetas; el Museo del Ejército, con muñecos uniformados y motivos heráldicos y el Servicio Geográfico, con el mapa de Juan de la Cosa, portulanos, cartas marinas y planos primitivos de España e Indias.

Con esto se animó el Director, y nos encargó plantear tres secciones: Bibliográfica, a mi cargo, que con ayuda de García, seleccionamos 152

libros históricos de nueve materias. Cartográfica, la del comandante Barrios, con 84 planos de 26 zonas, desde Galicia a Ultramar, desde Florida hasta Filipinas. Iconográfica, la del capitán Zapatero, en ocho apartados, con maniqués desde Infantería hasta Carabineros.

Inaugurada la Exposición en la planta noble de la Biblioteca Nacional y anunciada para permanecer abierta desde el 12 hasta el 20 de diciembre de 1967, se hizo preciso prorrogarla hasta el día 30, dado su éxito y el creciente interés despertado entre el público de diversos sectores culturales, especializados o sencillamente curiosos, hasta un total de más de 11.000 visitantes.

Asistieron ministros del Ejército, Información y Turismo y el Director General de Archivos y Bibliotecas, representando al de Educación y Ciencia. La presentó el Director del Servicio Histórico general don Joaquín de Sotto y Montes, bisnieto del célebre historiador militar conde de Clonard, quien destacó, entre los primeros fondos especializados de España, los de su Biblioteca y Archivos, «de los que somos celosos guardadores», lo cual, nos hizo pensar que si no fuésemos mucho más que eso, nuestro Servicio dejaría de ser tal, para quedar en cementerio de libros y papeles, que enterrarían los investigadores.

Luz Verde

En el espacio televisivo Luz Verde, se rodó un reportaje de nuestra Exposición, realizado por el importante director Agustín Navarro, creo recordar que casado con la actriz Carmen Sáinz de la Maza, hija de Regino, el internacional guitarrista burgalés, y nieta de Concha Espina. Su protagonista era Natalia de Figueroa, teniendo como extras interlocutores a los generales don Jorge Vigón y don Ángel González de Mendoza.

Natalia desde la primera sesión, entró besando a todos los que iban a ser compañeros de rodaje. A nosotros, extraños al mundo de la exhibición, nos chocaba bastante, sin impresionarnos mucho porque no era «una chica diez» en belleza, ni una «60,90,60» de modelo, salvo, acaso, para el comandante Barrios, al que gustaban todas. Pero era muy suelta de expresión, buena comunicadora se dice hoy, pero de tan genial memoria, que se aprendió sus dos folios del guión en un quítame allá esas pajas, casi leyéndolos sobre la marcha, mientras otros hablábamos, eso que el texto era endiablamente militar.

Barrios se preocupaba por lo escénico, pues en nuestra intervención tenemos que ir a situarnos ante la cámara y en ese espacio hay una tabla crujiente del entarimado que exige dar un rodeo circunvalándola. Lo ensaya-

mos y la segunda vez sale bien. Pero me considera con experiencia suficiente y vuelve a pedirme que le escuche su intervención, para mejorar el tono natural que ha de dar a sus seis líneas aprendidas, con lo cual altera la serenidad que necesito para decir con soltura mi pequeño rollo, con unos cuantos nombres. Él va a su sitio pisando el crujiente tablón, y queda bien. Natalia se sitúa entre los dos para preguntar a derecha e izquierda, él más cerca, porque es «el bueno» de la película y se explica bien con ella, yo apenas tengo papel en la escena.

Natalia entrevistó al Director, Sotto Montes, y le hizo explicar que su Historia de la Caballería Española se cerraba en la misma época que la de su abuelo el conde de Clonard, para no llegar a la de quienes tuviesen hijos o nietos vivos, pudiendo fomentar polémicas.

No recuerdo cuando le tocó elogiar la Exposición al general González de Mendoza, brillante orador. Sí, que en su recorrido, topó Natalia, con un señor mayor abstraído en desentrañar la letra de un librote abierto sobre el que se inclinaba. Se le acercó diciendo: «Esos libros deben de ser muy interesantes». Él se endereza, levanta la vista, se quita las gafas, y le contesta: «No lo crea: teniendo delante una señorita tan bella, no hay nada más interesante, porque viéndola a usted...se recrea la vista...» «¡Cortén!», gritó rápido Agustín Navarro, el director: «Perdón, mi general, hay que empezar de nuevo sin piropos». Era el general Vigón, tan erudito, que sorprendía a cualquiera.

Yo tenía un «solo» final en pantalla. Pero Natalia, sin duda para dar entrada a mi intervención se acercó diciendo: «Veo aquí muy buena muestra del tesoro que custodian celosamente en el Servicio Histórico Militar». Le había gustado lo de «celosos guardadores» del Director, y al interés mostrado por nuestra Revista, respondí:

«Pues sí, eso es verdad, Pero mire usted, Natalia, la Historia es algo vivo o se queda en mero camposanto de papeles importantes. El Servicio Histórico Militar tiene su parte entre las actividades científicas y técnicas con que el Ejército contribuye al progreso nacional. Aquí vemos su aspecto pasivo en una muestra de 281.633 libros, 30.000 mapas y planos y 2.000 láminas de tipos y uniformes. Pero lo importante está en sus seis Ponencias de Estudio, que evacuan consultas, emiten informes y editan numerosas publicaciones, y en su Revista que ediciona...»

Se me trastabilló la palabra y, como se hacía en la radio, dije: «¡Cortén!». Se enfadó Navarro: «¡Que esto es un vídeo y no se suelda como una cinta. Había que dejarlo. Repetiremos todo el parlamento. No hay más remedio». Yo había oído hablar del vídeo, pero lo creía como el visionado, una cursilada técnica.

La Revista de Historia Militar

Se fundó en 1957 para atender con eficacia a uno de los objetivos iniciales del Servicio Histórico: Difundir la cultura militar en el Ejército.

En los cursos de Metodología y Crítica históricas (1947-49) se establecieron las bases teóricas de tal difusión, llegaba el momento de practicarlas, publicando trabajos histórico-militares que estimularan a los oficiales con vocación por esos estudios. Para ello, la Revista invitaba a colaborar a escritores militares o civiles, españoles o extranjeros, interesados por temas históricos relacionados con la profesión de las armas, acogiendo en sus páginas artículos sobre acontecimientos bélicos e instituciones, usos y costumbres militares del pasado, con enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar actual.

Por el carácter erudito de la Revista, solo acogería trabajos con alguna originalidad en el tema o en el modo de enfocarlo, fundados en sólida base documental o bibliográfica, con las oportunas referencias y pulcra redacción literaria. La Revista de Historia Militar trataba de fomentar y encauzar nuestra producción historiográfica de temas castrenses, y un fructuoso intercambio de ideas y métodos con las publicaciones análogas de España y del extranjero.

Desde los primeros números, en los que ya son cien, alternan maestros de la ciencia y la historia militares: Kindelán, Martínez Campos, Julio Guillén, Gella Iturriaga, García Escudero, García Figueras, Díaz Romañach, Martínez Valverde, Andrés Mas Chao, Ricardo Pieltain, Sánchez de Bustamante.

Con la colaboración de académicos y profesores civiles, como el Marqués de Lozoya, Palacio Atard, Miguel Artola, Rico de Estasen, Ortiz Armengol, Julio Albi, Fernández Bastarreche, Hajar Ariño, Mari Carmen Díaz Garrido, Díaz Trechuelo.

Menéndez Pidal se interesó vivamente por un artículo del n.º15: «Introducción a la táctica del Cid» y en el número 40 interpretaba Franco la batalla de San Quintín, en su centenario.

Pero también se publicaron trabajos iniciales de quienes luego han sido primeras firmas de libros clave en sus temas: goza de prestigio internacional y en la que, junto a los maestros de la ciencia militar, algunos de los cuales son: Hugo O'Donnell, Alonso Baquer, los Salas Larrazábal, Juan Batista, Casas de la Vega, Andrés Cassinello, Fernández Aceytuno, García Fit, Emilio Herrera, Juan José Sañudo...Entre los extranjeros, destacan tres: David Chandler, Sir Charles Petrie, Jean Sarramon,

Durante ciertos años casi todos los números se cerraban con algún estudio de la guerra del 36 que sentase doctrina entre los historiadores y novelistas de todo el mundo. Porque el Servicio se creó para organizar un archi-

vo de esa guerra, que contiene más de 60.000 carpetas con documentos de ambos bandos, cada uno con la firma, el sello, la hora y el lugar, que puntualizan el hecho y constituyen la precisión histórica entre tanto confusio-nismo y ligereza con que hoy se juzga.

Frente a vistosas y loables revistas históricas, hoy se agotan con rapidez sus 1.000 ejemplares semestrales con abundante suscripción fija de profesores civiles y tanta o más de los extranjeros más insospechados y remotos.

Los números extraordinarios

Francisco Franco, escritor militar

En 1976 el número 40 se titulaba: Francisco Franco, escritor militar. Desde su primer artículo en la Revista de Tropas Coloniales hasta sus obras de creación, su testamento como pieza literaria y una amplia antología.

Francisco Villamartín, escritor militar

En 1983: Francisco Villamartín, escritor militar. Con textos de los coloquios y ensayos críticos premiados en el Sexquicentenario de Villamartín, celebrado por la CEHISMI del CESEDEN.

Los coloquios, del 7 al 9 de noviembre de 1983, dieron intervención al Consejero Togado del Aire don José María García Escudero, los generales don Miguel Cuartero Larrea y don Antonio Maciá Serrano, al coronel don Luis López Anglada, a los tenientes coroneles don Miguel Alonso Baquer, don Mariano Aguilar Olivencia, y don Fernando Redondo Díaz y al capitán auditor de la Armada don Federico Trillo-Figueroa y Martínez Conde. A modo de declaración conjunta, formularon unas conclusiones de las que destaco la 9.4 (p.122), por sugerirnos una Asociación de Escritores Militares, basada en el frustrado Diccionario Biográfico de Escritores Militares del siglo XX, iniciada y acaso archivado en la CEHISMI, digna pieza por sí misma, y sugerencia de posibilidades.

Parece aconsejable confeccionar un diccionario biográfico, un Quien es quien en la literatura militar, que valdría para documentar las obras generales de historia de la literatura y las enciclopedias especializadas en lo científico-literario, con una selección de los principales autores, -se cuenta con más de 13.000 fichas- y que en sí misma llegase a ser una importante obra para los investigadores y estudiosos de temas de ciencia, historia y literatura militares.

III Centenario del Marqués de Santa Cruz del Marcenado

En 1985. Año XXIX de la Revista: III Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado. Con los dos días de Coloquio en el Instituto de España y la Sesión Conmemorativa en el CESEDEN, organizado todo por la CEHISMI.

En la presentación de la Sesión solemne conmemorativa, el general don Luis Delgado y Sánchez Arjona, director del CESEDEN y presidente de la CEHISMI, expuso el sentido dado a los actos, para que no quedase todo en pura conmemoración.

Para evitar, como en el pasado, la falta de acreditación de los maestros de la ciencia y el arte militares, que dejaba la preferencia y la nómina al arbitrio de críticos y antologistas, se entregaron unos galardones simbólicos de «Militar Ilustre» a cinco tratadistas castrenses, que representan a muchas generaciones veteranas del último medio siglo. Son cinco bustos en bronce del marqués de Santa Cruz de Marcenado con el título de «Militar Ilustre» grabado sobre el nombre de estos continuadores de su labor:

Almirante don Indalecio Núñez Iglesias
Teniente general don Luis Serrano de Pablo
General de Artillería don Miguel Cuartero Larrea
Coronel de Estado Mayor don Juan Priego López
Coronel de Artillería don José Manuel Martínez Bande

Y se instituyó el Premio anual «Santa Cruz de Marcenado», propuesto por la Comisión Española de Historia Militar y aprobado por el Ministro de Defensa el 12 de noviembre de 1984, «...para recompensar a los militares o civiles ilustres, que hayan consagrado su vida o la mayor parte de ella, al cultivo de las ciencias y artes militares, o su aplicación militar. En el jurado participarán representantes de Altos Centros Militares, de las Reales Academias de la Lengua y la Historia y de la Universidad».

Tal recompensa dará nombre oficial a quienes dedicaron los descansos y velas de su vida en guarnición -algunos las pasan entre dos combates- a las ciencias y artes militares, teniendo como cifra y ejemplo al Marqués de Santa Cruz de Marcenado, al que hoy conmemoramos presentando una edición de sus Reflexiones Militares comentada por un ilustre equipo de especialistas en sus cuatro principales temas, presididos por el teniente general don Manuel Díez Alegría, que nos ha concedido el honor y el placer del discurso de clausura y que además dirige la próxima publicación de una obra oficial de escritores militares del siglo XX, con unos 300 de primera fila y más de 2.000 en total, que muy cumplidamente merecen citarse, para que

no se vuelva a producir la lamentable ignorancia popular sobre figuras próceres de las armas y las letras.»

Mis noticias sobre la revista son tan directas como mi actuación en ella desde que al incorporarme al Servicio se me nombró vocal del Consejo de Redacción, para opinar sobre su contenido. A los dos años -enero de 1966- pasé a ser Secretario de Redacción, puesto más comprometido, y desde enero de 1966 fui Redactor Jefe, el casi todo, pues casi nadie disputaba nada. Cambié la austera portada cultural tipo «Arbor», el no va más entonces, que Martínez Bande, redactor-jefe, dibujó con arte sobrio y elegante, por la ya vigente de postal, que aún sigue, reproduciendo las láminas de escenas bélico-uniformistas del Álbum de Manuel Giménez González.

Simplifiqué los Consejos de Redacción hasta el punto de que no habiendo expertos en el tema a enjuiciar, decidía atendiendo al vocal más histórico-literario, el poeta Ramón Sánchez Díaz, Secretario Técnico, y su contrario, el histórico-científico, que exigiéndose mucho en su función crítica, aportaba nueva bibliografía a la de cada artículo examinado, a veces tanta y tan buena que me hacía invitarle a escribir uno suyo, en sustitución, complemento o réplica del examinado. Una o dos veces lo hizo, pero otras hube de devolver al autor su trabajo con la nota de lo que le faltaba por ver, para que lo mejorase.

Estos recuerdos de mi paso por el Servicio histórico, que tan amablemente me ha invitado a escribir, debieran terminar anotando la fecha del 20 de abril de 1980 en que cedí la Jefatura de Redacción al coronel de Artillería D.E.M. don Julián Juste González-Benard, en la mesa de al lado de la Sala de Generales, la que fue de Escartín.

El 16 de agosto de ese año, pasaba a ser Secretario General de la Comisión Española de Historia Militar, del CESEDEN, donde, entre otras cosas, hube de organizar la celebración de centenarios de nuestros tratadistas Villamartín y Marcenado, para cuyas crónicas recurrí a nuestra Revista de Historia Militar, como lo hacían a la suya los treinta países que entonces integraban la Comisión Internacional de la que forma parte la española. Si aquí cito la Revista, no siendo ya cosa mía, es porque quedó a mi cargo la publicación de ambos acontecimientos con valor de Números Especiales de 1963 y 1985, que con cierto pormenor quedan explicados.

* * *

Pero esto empieza ser historia sólo en su grado interno e ínfimo, la autobiografía, o mejor la intrahistoria o la infrahistoria que sugería Unamuno, como decimos los pedantes. Aquí pues, acaban también el tiempo y el espacio amable y largamente concedidos. Muchas gracias.